Editorial

La pobreza se agudiza en todos los países en vías de desarrollo y se ensaña principalmente con las mujeres y los niños y las niñas. En cuanto los gobiernos empiezan a sufrir los efectos de la deuda externa, que ha deteriorado aún más las finanzas de los países pobres, optan por economizar en los servicios que prestan a la población: educación, salud y vivienda. No desaparecen los servicios, pero baja la calidad y, a veces, la cantidad.

En México la crisis económica que venimos padeciendo desde hace diez años, ha hecho presa también de las mujeres y los menores. Cada día aumenta el número de niños y niñas sin hogar, que viven en las calles y obtienen su sustento de la limosna pública. Pequeños malabaristas, vendedores de chicles, limpia parabrisas, payasos, que disfrazan la mendicidad con estas actividades.

También es cada día mayor el número de bebés abandonados por madres que seguramente comprendieron su incapacidad para retenerlos y sostenerlos. La Procuraduría General de Justicia del D.F. recoge a aquellos que son abandonados en la capital y los envía a diversos centros para su atención y, más tarde, para ser dados en adopción.

En nuestro país no se ha dado el terror contra los niños ni los asesinatos de pequeños callejeros que en lugar de ser protegidos, son perseguidos por los poderosos que se sienten amenazados en un futuro, cuando los niños marginados sean hombres resentidos con la sociedad. Consideran más fácil matarlos que cuidarlos.

En 1990, en la reunión internacional organizada por la ONU para discutir la situación de la infancia, los representantes de los países se comprometieron a llevar a cabo planes de acción para asegurar la vida y la salud de los niños y niñas, y, concientes de que el bienestar infantil depende del de la mujer, la ONU dio nuevo impulso a los acuerdos de 1975.

Estemos pendientes de que no quede en buenas intenciones.